

Últimas conversaciones con el poeta Luis Ríos

Graciela Cándano Fierro

*Crece la tierra, crece...
Es más grande la tierra esta mañana.*

(Canciones de amor y de sombra)

Lo lograr que Luis Ríos hable sobre poesía es tarea imposible, porque el gozo de este poeta radica en recordar siempre a los poetas que ha conocido en su vida.

Hay, pues, que conformarse con que Luis se refiera a la poesía, aunque desgraciadamente no sea a la escrita por él, que es a quien, a fin de cuentas, tenemos vivo, presente. A Luis Ríos —como a todo poeta— hay que tenerlo enfrente para conocerlo; afinando el oído para escuchar el relato de sus vivencias con artistas que sólo él conoció como lo hizo, ya fuera por escrito o por experiencia vivencial.

Y cuando Luis Ríos se dispone a hablar de poesía, es ineludible —cuestión de principio— traer a la memoria (cuando la realidad nos lo niega) la imagen literaria del gran poeta leyendo, del lector encarnando la poesía, del médium que tras la mesa sostiene en la mano un libro pequeño o una gran antología —según sea el caso— para conferir carta de presencia al autor de las páginas elegidas para la lectura. Con la otra mano marca el ritmo, señala la pausa, dibuja la cadencia. Entonces, la cara, el gesto de Luis, muestran el rastro que dejó el verso, y sus ojos —encaramados segundos antes en lo alto— vuelven a fijarse en la palabra escrita y torna a pronunciarla, a defenderla.

—Yo no soy mal lector de poesía. Y lo único que me tiene contento en esta vida es precisamente eso, que soy una persona que, a su manera —no quiero decir que sea la única—, entiende de poesía.

No soy mal lector de poesía, por eso creo que leer bien poesía es entender poesía. Si no, vuelve a oír a Neruda, que aparentemente lee mal, porque es monótono, tedioso. Pues es mentira, es un gran lector. Óyelo otra vez. En

esa monotonía que engaña tiene una pausa en un momento dado, un acento, que, claro, no lo ve más que el propio Neruda; él ha notado y subrayado dónde está toda la intensidad del verso.

Pregunto a Luis Ríos si es así como recita él sus poemas, marcando en el momento preciso toda la intensidad guardada en la pausa, o en el acento de esa palabra, cuyo sentido nos es misterioso.

—No sólo eso, también leo mis poemas con otra intención. A la manera de Lorca. Recordarás que cuando Guillén le preguntaba: “¿Por qué te empeñas en recitar los poemas siempre, Federico?”, Lorca respondía: “Yo, para defenderlos”. La defensa de García Lorca consistía en dar la intención requerida a tal verbo, adjetivo o cadencia.

Luis hace una pausa para sugerir un paréntesis, quiere hablar “un poquillo” del adjetivo en la poesía:

—Acabo de recordar a Machado ahora que hablamos en defensa de la poesía. Creo que la buena cualificación es otra manera de proteger, de defender el verso. Cuando Machado dice que hay dos tipos de adjetivos: el definidor y el cualificador, recordarás, lo dice muy bien. El adjetivo cualificador es el que individualiza, que es la función del poeta: individualizar la intención, la emoción. Y ésa es la maravilla.

Cuando Calderón dice —sigue recordando a Machado— “la noche fría”, el adjetivo “fría” vale para todas las noches, es una abstracción, cuestión de lógica, adjetivo definidor. Y ahí viene Machado a decir que es superfluo. Manuel, su hermano, que era uno de los grandes adjetivadores, nos dejó: “y de sus ojos el azul cobarde”. He aquí un ejemplo de adjetivo cualificador, el que individualiza, lo que da una idea de la visión propia de la realidad de la que se hable.

Pienso, cada vez más, que el adjetivo es lo fundamental.

Graciela Cándano Fierro. Catedrática de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas. Ha participado en conferencias sobre temas literarios y realizado investigaciones sobre literatura española medieval.

Pero el adjetivo siempre ha sido relegado. Incluso está la frase hecha de “eso es adjetivo”, que quiere decir “eso no es lo fundamental”, “eso es anecdótico”, no sustantivo. Eso se oye.

Pido a Luis que recite algún verso suyo, donde adjetive, donde individualice:

*...y después de esta espera, de esta larga
corta espera diaria, de este nuevo
más viejo despertar de cada día,
¿para qué habrá servido (¡qué alto!) el cielo?*

(Canciones de amor y sombra)

—O cuando logro definir en parte a Pilar como “mujer de agua”.

Pero Luis rehúye el tema.

—Ésta es la entrevista de Machado. Otro día te hago la de Ángel González.

Muchas veces nos acercó Luis Ríus a otros poetas, nos mostró a Alberti, a un Quevedo, a Berceo: “¿Te acuerdas de que la eternidad de sus versos la han descubierto los poetas, no los eruditos?” —recuerda Luis—. “Afortunado Gonzalo de Berceo. Ése ha sido el mejor premio a su dulce humildad”.

Muchas veces Luis ha manifestado que ama lo que recita; cuántas veces hemos amado lo que él ama recitando: una copla escuchada por allí, algún romance, en la memoria, un recuerdo de Pellicer.

Luis Ríus siempre ha desbocado un amor particular en la lectura de sus preferidos, porque siente la poesía como cosa vivida, porque la transmite como posible vivencia para quien lo escucha.

*Yo aquí. ¿Yo aquí? ¿Por qué?
Para otro como yo dejo esta página.*

(Canciones de amor y sombra)

Luis, en su lectura, en su recitar constante, es un dilecto juglar —quizá nostalgia de aquella dignísima función medieval— que destaca lo excepcional de lo común, o lo común de lo individual, en la poesía que canta. El recurso que utiliza es su entrega al verso que pronuncia. Ésa es su manera de hacernos manifiesta la relación entre lo oculto y lo manifiesto:

*El hoy es siempre ayer
y el ayer es eterno.*

(Canciones de ausencia)

Nuestra función como oyentes de Luis —para completar el ciclo— es permanecer atentos, seguir el rasgo marcado por la mano,

sin descuidar ni un momento lo que emerge de esa voz mesurada que paladea el verso. Las palabras en boca de Luis resuenan como cuchillos, como campanas, como aire:

*Voló mi amor, voló
a la copa del árbol;
mi amor suave, ligero
como un pájaro.*

Yo aquí abajo llamándolo.

*Te llevaste mis ojos,
cuervo por mí criado.
Ahora me verán ciego
mis ojos desde lo alto.*

(Canciones de amor y sombra)

Luis, poeta, es también maestro. Ha asumido su función docente como poeta. Recupera, como poeta que es, las vivencias del aula, las intercala en su pasado, las involucra a su presente:

*Siempre olvido olvidar; recuerdo siempre
por esta horrible falta de memoria.*

(Canciones de amor y sombra)

Logro capturar algunas palabras de Luis Ríus en la grabadora. El sitio fijado para la entrevista estaba saturado de voces y ruidos que, frente al tono bajo de la voz de Luis, ganaron la batalla durante la mayor parte de la grabación. Luis habla de su experiencia como maestro, no la pasada, sino la presente, la de la semana anterior.

Luis maestro se transforma en Luis aprendiz:

—A propósito de Machado, en la última clase una chiquita, que se sienta hasta atrás, en flor de loto —por eso me llamó la atención—, me respondió a la pregunta que yo hacía acerca de la importancia que podía tener el adjetivo definidor, que no el cualificador. Pues resulta que esta chiquita, que ahora se sienta adelante, una chiquilla de apenas 17 años, levanta el dedo y me dice: “Maestro, yo creo que tiene la importancia equivalente —desde el punto de vista expresivo (añade en son de complicidad el maestro Ríus)— a la de la repetición o el estribillo”.

Eso fue maravilloso —concluye Luis la anécdota—. Si lo tomamos como receptores de poesía, “la noche fría” o “la nave cóncava” equivalen a la repetición, al paralelismo.

Resulta difícil continuar la hilación de la entrevista. Muchas frases perdidas. Por fortuna, Luis sube el tono de su voz:

—Se hacen las cosas por amor. Entiendo por

amor el deseo de entrega. Yo siempre estoy rodeado de la corte de los milagros, y le escribo un poema a uno, hago que otro cante, a otro que salga al escenario, al tablado...

*Yo fui, no soy, y mi verdad es ésta,
mi presencia conmigo, la más mía:
ser tan sólo memoria y lejanía,
jugador ya sin carta y sin apuesta.*

*Si ahora digo que fui, que tuve puesta
la vida en ejercicio, que vivía,
muy bien me sé que igual melancolía
me daba entonces similar respuesta.*

*Entonces ya también había vivido
sin vivir ni esperar un venidero
instante, un presente no cumplido.*

*Siempre he sido pasado. Así me muero:
recordando no ser, sino haber sido,
sin tampoco haber sido antes primero.*

(Canciones de amor y de sombra)

Luis continúa, volviendo al presente:

—No hay amor sin admiración. Yo le he dado todo mi apoyo a Pilar por amor:

*Podría bailar
en un tablado de agua
sin que su pie la turbase,
sin que lastimara el agua.
No en el aire, que al fin es
humano el ángel que baila.
No, en el aire no podría...
pero sí en el agua.*

(Canciones a Pilar Rioja)

¿Crees que las fantasías hay que llevarlas a la realidad?

—Todo amor es fantasía.

*Por más que me lo repitas,
¿no voy a saberlo yo?
Corazón, calla y sosiega,
no te engañes, no;
siempre será la primera
la más hermosa ilusión:
aquella que no llegaba
y que, sin llegar, pasó.*

(Canciones de vela)

—Yo sólo tengo una realidad carnal, la mujer de agua, y lo demás... nada.

Parece que al fin Luis va a dejar de hablar de sus poetas, se vislumbra que va a hablar de su propia poesía.

—Soy un hombre consciente. Yo sé quién soy.

*No sé siquiera si lo que he vivido
ha muerto ya del todo o todavía
vive fuera de mí, sin mí, en la tarde,
o si no ha sido aún y será un día.*

*Tarde de invierno casi blanca,
¿soy yo a ti o eres tú la que me mira?*

(Canciones de amor y sombra)

—Volvemos a Machado, recuerda que hoy es la entrevista de Machado, quien mejor que nadie ha aconsejado la modestia, invitando a la duda poética. El poeta es poeta no por lo que afirma, ni por lo que niega, dice Machado, sino por lo que duda. Tenía razón Machado. La duda poética es maravillosa. Ahí está Manrique, su "Qué se hizo..." El poeta es un filósofo también; es el que pregunta. Desde que uno nace, desde que uno es, está el porqué. Ésa es la vida.

El que hace arte debe crear una interrogación, y no decir "esto es la verdad", "esto es la mentira". Hay una zona en el inconsciente que nos lleva a preguntarnos siempre...

*...y nunca olvida nada el inconsciente,
dicen que dijo Freud, digo que dicen.*

(Canciones de amor y sombra)

—El único que no está en la interrogación total es Dios, Jehová, Zeus.

*Antes del hombre sólo el mar había,
todo era cielo y agua.
Los huesos descarnados,
la sangre desangrada,
los ojos y las uñas de los muertos
van haciendo la tierra.*

(Canciones de amor y sombra)

Luis Ríus, entendedor de poesía, disipa los enigmas en el verso. El papel que se ha impuesto a sí mismo consiste en descifrar y conferir *espacio* al autor que recuerda, que repite, que parafrasea. A veces sentimos que el tiempo no separa a Machado de otro gran poeta, su lector permanente, Luis Ríus. Dicen que dijo Luis, digo que dicen.

